

TERRY
PRATCHETT

RONDA DE NÓCHE

UNA NOVELA DEL MUNDODISCO



TERRY PRATCHETT

RONDA DE NOCHE

UNA NOVELA DEL MUNDODISCO

Avance editorial
Distribuido en *La Concha de Gran A'Tuin*
con permiso de los editores

Traducción de
Javier Calvo

Título original: *Night Watch*
© 2002 Terry y Lyn Pratchett
© 2002 Stephen Briggs, por el mapa
© 2010 Random House Mondadori, S.A.
Travessera de Gràcia 47-49. 08021 Barcelona
© 2010 Javier Calvo Perales, por la traducción

PLAZA  JANÉS

VERDAD
 JUSTICIA
 LIBERTAD
 AMOR A PRECIOS RAZONABLES
 Y UN
 HUEVO
 DURO
 LA GLORIOSA
 REPÚBLICA POPULAR
 DE LA CALLE DE
 LA MINA DE MELAZA



1. Pasaje del Nudillo
2. Callejón Tiovivo
3. Comida klatchiana para llevar
4. Callejón de las Gallinas
5. Antigua muralla de la ciudad
6. Callejón del Jamón
7. Herrería
8. Calle Katmir
9. Callejón Jubal
10. Calle Corazón
11. Zapatería de Harry Odre
12. Taller de encargos
13. Calle Centella
14. Sastrería
15. Callejón Gira Otra Vez
16. Grasería
17. Callejón Otrositio
18. Callejón Otrositio
19. Callejón Otrositio
20. Callejón Otrositio
21. Hospital de los Monjes Equilibradores
22. Callejón Otrositio
23. Callejón Otrositio
24. Paseo Podrido
25. Alfarería
26. Materiales de construcción
27. Edificio extranjero raro
28. Casa de empeños
29. Tienda de baratillo Hno. Sol Sal Ya

Sam Vimes suspiró al oír el grito, pero terminó de afeitarse antes de hacer nada al respecto.

Luego se puso la chaqueta y salió paseando a la maravillosa mañana de finales de primavera. Los pájaros cantaban en los árboles, las abejas zumbaban en las flores. Había una neblina en el cielo, sin embargo, y las nubes de tormenta que asomaban por el horizonte amenazaban lluvia para más tarde. Pero por ahora el aire era caluroso y pesado. Y en la vieja fosa séptica tras el cobertizo del jardinero, un joven chapoteaba en el agua.

Bueno... chapoteaba, por lo menos.

Vimes se apartó un poco y encendió un puro. Lo más probable es que no fuera buena idea acercarse más a la fosa con una llama desnuda. La caída desde el tejado del cobertizo había roto la corteza superior.

— ¡Buenos días! — dijo en tono jovial.

— Buenos días, excelencia — dijo el diligente chapoteador.

La voz sonó más aguda de lo que Vimes había esperado y le informó de que, cosa rara, el joven que estaba en la fosa era de hecho una joven. No era inaudito del todo: el Gremio de Asesinos era consciente de que las mujeres eran por lo menos tan buenas como los varones cuando se trataba de matar con inventiva; y sin embargo, aquello cambiaba de algún modo la situación.

— Creo que no nos conocemos — dijo Vimes—. Aunque veo que usted sí sabe quién soy. ¿Se llama...?

— Wiggs, señor — dijo la nadadora—. Jocasta Wiggs. Es un honor conocerlo, excelencia.

— Wiggs, ¿eh? — dijo Vimes—. Una familia famosa en el Gremio. Con «señor» ya basta, por cierto. Creo que una vez le rompí la pierna a su padre, ¿no?

— Sí, señor. Me pidió que le mandara recuerdos — comentó Jocasta.

— Es usted un poco joven para que le asignen este contrato, ¿no? — dijo Vimes.

— No es un contrato, señor — respondió Jocasta, sin dejar de mover las piernas.

— Venga ya, señorita Wiggs. El precio por mi cabeza es al menos...

— El Gremio lo ha suspendido, señor — informó la obstinada nadadora—. Lo han sacado del registro. Ahora mismo no aceptan contratos por usted.

— Cielos, ¿por qué no?

— No lo sé, señor — dijo la señorita Wiggs. Sus pacientes esfuerzos la habían llevado hasta el borde de la fosa y ahora se estaba dando cuenta de que el enladrillado se encontraba en muy buen estado, resbalaba bastante y no ofrecía ningún asidero. Vimes lo sabía, porque una tarde se había pasado varias horas asegurándose meticulosamente de que así fuera.

— Y entonces, ¿por qué la han enviado?

— La señorita Pandilla me ha mandado como ejercicio — dijo Jocasta—. Caramba, estos ladrillos son complicadillos, ¿eh?

—Sí —dijo Vimes—, lo son. ¿Se ha portado usted mal con la señorita Pandilla últimamente? ¿La ha hecho enfadar por algo?

—Oh, no, excelencia. Pero dijo que me estoy confiando demasiado y que me iría bien un poco de trabajo de campo avanzado.

—Ah, ya veo. —Vimes intentó acordarse de la señorita Alice Pandilla, una de las profesoras más estrictas del Gremio de Asesinos. Por lo que tenía entendido, la chiflaban las lecciones prácticas—. Así pues, ¿la ha enviado a matarme?

—¡No, señor! ¡Es un ejercicio! ¡Ni siquiera llevo flechas para la ballesta! ¡Solamente tenía que encontrar un sitio desde donde lo tuviera a usted en el punto de mira y luego hacer un informe!

—¿Y ella se lo iba a creer sin más?

—Claro, señor —dijo Jocasta, con expresión ofendida—. Honor del Gremio, señor.

Vimes respiró hondo.

—Verá, señorita Wiggs, en los últimos años bastantes de sus colegas han intentado matarme en mi casa. Como podrá entender, no es algo que apruebe.

—Es fácil ver por qué, señor —dijo Jocasta, con la voz de quien sabe que su única esperanza de escapar de la situación presente se basa en la buena voluntad de otra persona que no tiene razones de peso para mostrar ninguna.

—Y se quedaría usted asombrada de las trampas que hay desplegadas por la propiedad —continuó Vimes—. Algunas son bastante astutas, por mal que me esté decirlo.

—La verdad es que no esperaba que las tejas del cobertizo se movieran así, señor.

—Están instaladas sobre rieles engrasados —dijo Vimes.

—¡Buen trabajo, señor!

—Y hay bastantes de las trampas que te hacen caer sobre algo letal —dijo Vimes.

—Qué suerte que me haya caído en esta, ¿verdad, señor?

—Bueno, esa también es letal —apuntó Vimes—. Letal a largo plazo.

Vimes suspiró. Lo último que quería era darles ánimos, pero... ¿cómo que lo habían quitado del registro? No es que le gustara que unas figuras encapuchadas contratadas temporalmente por sus muchos y variados enemigos se dedicasen a dispararle, pero al mismo tiempo siempre lo había considerado una especie de voto de confianza. Demostraba que Vimes estaba molestando a la gente rica y arrogante a la que había que molestar.

Además, era fácil superar en astucia al Gremio de Asesinos. Tenían reglas estrictas que seguían de forma muy honorable, y eso le parecía bien a Vimes, que en ciertas áreas prácticas carecía por completo de reglas.

Conque fuera del registro, ¿eh? La única otra persona que ya no estaba en el mismo, según los rumores, era lord Vetinari, el patricio. Los

Asesinos entendían el juego político de la ciudad mejor que nadie, y si eliminaban a alguien del registro era porque pensaban que su defunción no solamente estropearía el juego sino que también rompería el tablero...

—Le estaría muy agradecida si pudiera usted ayudarme a salir, señor —dijo Jocasta.

—¿Cómo? Ah, sí. Lo siento, es que llevo ropa limpia —se excusó Vimes—. Pero cuando vuelva a la casa le diré al mayordomo que baje aquí con una escalera de mano. ¿Qué le parece?

—Muchas gracias, señor. Encantada de haberlo conocido, señor.

Vimes volvió paseando a la casa. ¿Fuera del registro? ¿Se le permitía recurrir la decisión? Tal vez pensarán...

El olor se le echó encima.

Levantó la vista.

En lo alto, un lilo estaba en flor.

Se quedó mirándolo.

¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición! Todos los años se olvidaba. Bueno, no. No se olvidaba nunca. Simplemente apartaba los recuerdos, como si fueran una vieja cubertería de plata que no quisiera que perdiese el brillo. Y ellos regresaban todos los años, afilados y centelleantes, y lo apuñalaban en el corazón. Y tenía que ser precisamente hoy...

Levantó el brazo y la mano le tembló mientras agarraba una flor y rompía suavemente el tallo. La olió. Se quedó un momento plantado, mirando a la nada. Y luego subió la ramita de lilas hasta su vestidor con gran cuidado.

Willikins le había preparado el uniforme oficial para hoy. Sam Vimes lo miró fijamente, sin entender, y de pronto se acordó. Comité de la Guardia. Eso era. La vieja coraza abollada no bastaría, ¿verdad? No para su excelencia el duque de Ankh, comandante de la Guardia de la Ciudad, sir Samuel Vimes. Lord Vetinari se había mostrado muy firme en aquel asunto, demonios.

Y más demonios todavía, porque por desgracia Sam Vimes le veía el sentido. Odiaba el uniforme oficial, pero hoy en día representaba algo más que a sí mismo. Sam Vimes había podido presentarse a reuniones con la armadura hecha un asco, y hasta sir Samuel Vimes podía por lo general encontrar la manera de no cambiarse nunca el uniforme de calle, pero un duque... bueno, un duque necesitaba un poco de lustre. A un duque no se le podía ver el culo por encima de las calzas cuando se reunía con diplomáticos extranjeros. La verdad es que tampoco al Sam Vimes de los viejos tiempos se le había salido nunca el culo de las calzas, pero nadie habría declarado una guerra de haber sido así.

El Sam Vimes de los viejos tiempos había plantado cara. Se había librado de la mayor parte de las plumas y de los estúpidos leotardos, y así había conseguido un uniforme de gala que por lo menos daba la impresión de que su propietario era varón. Pero el casco llevaba decoración de oro, y los armeros que le hacían las piezas a medida le habían forjado una coraza nueva y resplandeciente llena de inútiles adornos dorados. Sam Vimes se sentía un traidor a su clase cada vez que

la llevaba. Odiaba que le metieran en el mismo saco que a la gente que llevaba una estúpida armadura ornamental. Le daba refulgencia ajena.

Le dio vueltas a la ramita de lilas que tenía en los dedos y volvió a oler su aroma mareante. Sí... las cosas no siempre habían sido así...

Alguien acababa de hablarle. Levantó la vista.

—¿Cómo? —gruñó.

—Le he preguntado cómo está la señora, excelencia... —dijo el mayordomo, sobresaltado—. ¿Se encuentra usted bien, excelencia?

—¿Qué? Oh, sí. No. Estoy bien. Y la señora también, gracias. He entrado a verla antes de salir. La señora Contento está con ella. Dice que todavía falta bastante.

—He avisado a la cocina de que pese a todo tengan lista mucha agua caliente, excelencia —dijo Willikins, ayudando a Vimes a ponerse la coraza dorada.

—Sí. ¿Para qué crees que necesitan tanta agua?

—No sabría decirle, excelencia —dijo Willikins—. Probablemente sea mejor no preguntar.

Vimes asintió con la cabeza. Sybil ya le había dejado muy claro, con tacto y amabilidad, que en aquel asunto concreto a él no se lo necesitaba. Y él tenía que admitir que aquello le había supuesto cierto alivio.

Le dio el tallo de lilas a Willikins. El mayordomo lo cogió sin decir nada, lo introdujo en un tubito plateado con agua que lo mantendría fresco durante unas horas y se lo sujetó con una de las correas de la coraza.

—Los tiempos cambian, ¿verdad, excelencia? —dijo, sacándole lustre con un cepillito.

Vimes sacó su reloj.

—Ya lo creo que sí. Escucha, voy a pasar por el Yard de camino a palacio, para firmar lo que haga falta, y volveré lo más deprisa que pueda, ¿de acuerdo?

Willikins le dedicó una mirada de preocupación casi impropia de un mayordomo.

—Estoy seguro de que la señora estará bien, excelencia —dijo—. Claro que ya no es, no es...

—... joven —terminó la frase Vimes.

—Yo diría que es más rica en años que muchas otras primíparas —dijo Willikins rápidamente—. Pero tiene buena constitución, si no le importa que lo diga, y tradicionalmente su familia ha tenido muy pocos problemas para dar a luz...

—¿Primiqué?

—Madres novatas, excelencia. Estoy seguro de que la señora preferiría saber que está usted persiguiendo a algún bellaco que desgastando la alfombra de la biblioteca.

—Espero que tengas razón, Willikins. Ejem... ah, sí, hay una señorita chapoteando en la vieja fosa séptica, Willikins.

—Muy bien, excelencia. Voy a mandar ahora mismo al mozo de

cocina con una escalera de mano. ¿Y un mensaje para el Gremio de Asesinos?

– Buena idea. Le va a hacer falta ropa limpia y un baño.

– Creo que tal vez la manguera del viejo fregadero sea más adecuada, excelencia... Por lo menos para empezar.

– Bien pensado. Encárgate de ello. Y ahora me tengo que marchar.

En las oficinas atestadas de la Casa de la Guardia de Pseudópolis Yard, el sargento Colon se ajustó con gesto distraído el ramito de lilas que llevaba sujeto al casco como si fuera una pluma.

– Se vuelven muy raros, Nobby – dijo, hojeando sin ganas el papeleo matutino –. Es una cosa de polis. A mí me pasó cuando tuve críos. Te vuelves duro.

– ¿Cómo que «duro»? – preguntó el cabo Nobbs, posiblemente la mejor demostración viviente de que existía una evolución continua entre los humanos y los animales.

– Bueeeno – dijo Colon, reclinándose en su silla –. Es como... bueno, cuando uno tiene nuestra edad... – Miró a Nobby y vaciló. Nobby llevaba años haciendo constar su edad como «probablemente treinta y cuatro». A la familia Nobbs no se le daban bien las cuentas –. O sea, cuando un hombre llega a... cierta edad – probó de nuevo –, sabe que el mundo no va a ser perfecto nunca. Se acostumbra a que sea un poco, un poco...

– ¿Roñoso? – sugirió Nobby.

Metida detrás de su oreja, en el lugar habitualmente reservado a su cigarrillo, había otra lila marchita.

– Exacto – dijo Colon –. O sea, el mundo nunca va a ser perfecto, así que tú haces lo que puedes y ya está, ¿verdad? Pero cuando hay una criatura en camino, bueno, de pronto ves las cosas de otra forma. Piensas: mi hijo va a tener que crecer en medio de este desastre. Es hora de limpiarlo. Es hora de hacer un Mundo Mejor. Te entra un poco de... entusiasmo. Te hierve la sangre. Cuando se entere de lo de Fuerteenelbrazo, esto va a echar humo durante... ¡Buenos días, señor Vimes!

– Conque hablando de mí, ¿eh? – dijo Vimes, pasando con zancadas largas a su lado mientras ellos se ponían firmes de golpe. En realidad no había oído ni una palabra de la conversación, pero la cara del sargento Colon se podía leer igual que un libro abierto, y ya hacía años que Vimes se lo sabía de memoria.

– Me estaba preguntando si el feliz acontecimiento... – empezó a decir Colon, siguiendo a Vimes mientras este subía los escalones de dos en dos.

– Aún no – dijo Vimes en tono seco. Abrió de un empujón la puerta de su despacho –. ¡Buenos días, Zanahoria!

El capitán Zanahoria se puso de pie de un salto, se cuadró e hizo el

saludo llevándose la mano a la sien.

– ¡Buenos días, señor! ¿Lady Sybil ya...?

– No, Zanahoria. Todavía no. ¿Qué ha estado pasando esta noche?

La mirada de Zanahoria fue al ramito de lilas y luego de vuelta a la cara de Vimes.

– Nada bueno, señor – dijo –. Han matado a otro agente.

Vimes se paró en seco.

– ¿A quién? – exigió saber.

– Al sargento Fuerteenelbrazo, señor. Muerto en la calle de la Mina de Melaza. Otra vez Carcer.

Vimes echó un vistazo al reloj. Tenían diez minutos para llegar a palacio. Pero de pronto, el tiempo ya no era importante. Se sentó a su mesa.

– ¿Testigos?

– Esta vez tres, señor.

– ¿Tantos?

– Todos enanos. Fuerteenelbrazo ni siquiera estaba de servicio, señor. Había terminado su turno y estaba comprando un pastel de rata con patatas fritas en una tienda cuando, al salir, se topó de narices con Carcer. El mal bicho le ha dado una puñalada en el cuello y ha salido por piernas. Ha debido de pensar que lo habíamos encontrado.

– ¡Llevamos semanas buscándolo! ¿Y se ha topado con el pobre Fuerteenelbrazo cuando lo único que el enano tenía en mente era su desayuno? ¿Está siguiéndole el rastro Angua?

– Hasta cierto punto, señor – dijo Zanahoria, incómodo.

– ¿Por qué solamente hasta cierto punto?

– Él... bueno, suponemos que ha sido Carcer... ha dejado caer una bomba de anís en la plaza Sator. Aceite casi puro.

Vimes suspiró. Era asombroso cómo se adaptaba la gente. La Guardia tenía un hombre lobo. La noticia se había propagado, de forma más o menos subterránea. Y, por tanto, los criminales habían evolucionado para sobrevivir en una sociedad donde la ley tenía una nariz muy sensible. Las bombas olfativas eran la solución. No hacía falta que fueran tan dramáticas como eso. Bastaba con tirar un frasquito de menta pura o de anís en algún lugar de la calle donde la gente lo fuera a pisar y de repente la sargento Angua se enfrentaba a un centenar, un millar de rastros entrecruzados, y se iba a la cama con un dolor de cabeza terrible.

Escuchó con expresión lúgubre mientras Zanahoria le informaba de a qué hombres había vuelto a poner de servicio o a quiénes había puesto en turno doble, a qué confidentes había sonsacado, a qué soplones había exprimido, qué dedos había levantado al viento, qué oídos había puesto en las calles. Y supo cuán poco se iba a conseguir con todo aquello. Todavía no tenía ni cien hombres en la guardia, y eso incluyendo a la encargada de la cantina. La ciudad tenía un millón de habitantes y mil millones de sitios donde esconderse. Ankh-Morpork estaba construida sobre una red de escondrijos. Además, Carcer era una

pesadilla.

Vimes estaba acostumbrado a las demás clases de chiflados, a los que actuaban con bastante normalidad hasta el mismo momento en que se les giraba la cabeza y se cargaban a alguien con un atizador por hacer demasiado ruido al sonarse la nariz. Pero Carcer era distinto. Se pensaba las cosas dos veces, pero en lugar de tener ideas conflictivas, las tenía competitivas. Tenía un diablillo en los dos hombros, y cada uno azuzaba al otro.

Y sin embargo... sonreía todo el tiempo, con alegría y buen ánimo, y actuaba como esos granujillas que se ganan la vida vendiendo relojes de oro que al cabo de una semana se ponen todos de color verde. Y parecía estar convencido, totalmente convencido, de que él nunca hacía nada que fuera malo de verdad. Se quedaba plantado en plena carnicería, con sangre en las manos y joyas robadas en el bolsillo, y con cara de inocencia ofendida declaraba: «¿Yo? ¿Qué he hecho yo?».

Y resultaba creíble hasta que uno le miraba fijamente a aquellos ojos sonrientes y descarados y veía, al fondo de todo, cómo los demonios le devolvían la mirada.

Pero no convenía pasarse demasiado tiempo mirando aquellos ojos, porque eso quería decir que entretanto los tuyos se habían apartado de sus manos, y para entonces una de ellas ya tenía un cuchillo.

Al policía medio le resultaba difícil tratar con aquella clase de gente. Los guardias suponían que cuando alguien se veía ampliamente superado en número, se rendiría o trataría de negociar o por lo menos dejaría de moverse. No se esperaban que hubiera alguien capaz de matar por un reloj de cinco dólares. (Un reloj de cien dólares ya era otra cosa. Al fin y al cabo, esto era Ankh-Morpork.)

—¿Estaba casado Fuerte en el brazo? —preguntó.

—No, señor. Vivía en Nuevos Remendones con sus padres.

Padres, pensó Vimes. Peor todavía.

—¿Ha ido alguien a decírselo? —preguntó—. Y no me digas que ha ido Nobby. No queremos que se repita aquella estupidez de «te apuesto un dólar a que eres la viuda de Jackson».

—He ido yo, señor. En cuanto hemos recibido la noticia.

—Gracias. ¿Se lo han tomado mal?

—Se lo han tomado... con solemnidad, señor.

Vimes gimió. Se imaginaba sus expresiones.

—Yo les escribiré la carta oficial —dijo, abriendo el cajón de su escritorio—. Busca a alguien que se la lleve, ¿quieres? Y que les diga que pasaré en persona más tarde. Tal vez no sea el momento de... —No, un momento, eran enanos, y a los enanos no les avergonzaba hablar de dinero—. Olvídalo... díles que tendremos preparados todos los detalles de su pensión y esas cosas. Y además, ha muerto estando de servicio. Bueno, casi. Eso es más dinero. Todo cuenta. —Hurgó en sus armarios—. ¿Dónde está su expediente?

—Aquí, señor —dijo Zanahoria, dándoselo con presteza—. Tenemos que estar en palacio a las diez, señor. Comité de la Guardia.

Pero estoy seguro de que lo entenderán —añadió, al ver la cara de Vimes—. Voy a vaciar la taquilla de Fuerteenelbrazo, señor, y me imagino que los muchachos harán una colecta para comprar las flores y todo...

Después de que el capitán se fuera, Vimes se quedó pensativo delante de una página con membrete. Un expediente, tenía que consultar un maldito *expediente*. Pero últimamente había tantos guardias...

Una colecta para las flores. Y un ataúd. Hay que cuidar de los tuyos. Lo dijo el sargento Dickens, ya hace mucho tiempo...

No se le daban bien las palabras, y mucho menos las escritas, pero después de echar unos cuantos vistazos al expediente para refrescarse la memoria escribió lo mejor que se le ocurrió.

Y eran todo buenas palabras, y más o menos las correctas. Pero la verdad era que Fuerteenelbrazo no era más que un enano honrado que había cobrado por hacer de policía. Se había alistado porque en los tiempos que corrían apuntarse a la Guardia era una buena opción profesional. No pagaban mal, había una pensión decente, había un plan médico maravilloso si uno tenía agallas para someterse a los cuidados de Igor en el sótano y, después de un año más o menos, un agente formado en Ankh-Morpork podía marcharse de la ciudad y encontrar trabajo en las Guardias de las demás ciudades de la llanura con ascenso automático. Era el pan de cada día. Los llamaban los Sammies hasta en las ciudades donde nadie había oído hablar de Sam Vimes. Aquello lo enorgullecía un poquito. «Sammies» quería decir agentes de la Guardia que eran capaces de pensar sin mover los labios, que no aceptaban sobornos, o por lo menos no muchos, y solo si se trataba de cerveza y rosquillas, que hasta Vimes reconocía que eran la grasa que ayuda a que las ruedas giren suavemente; y eran, en general, hombres de confianza. Por lo menos para cierto valor de «confianza».

El ruido de unos pies que corrían le indicó que el sargento Detritus estaba trayendo a algunos de los nuevos reclutas de vuelta de su carrera matinal. Oyó la cancioncilla que Detritus les había enseñado. Por alguna razón, se notaba que se la había inventado un troll:

¡Vaya memez de canción!
¡La cantamos de carrerón!
¡Yo no sé a qué viene cantar!
¡Si no sabemos ni hacer rimas!

¡Maaarchen!

¡Maaarchen!

¡Maaarchen!

¡Uno! ¡Dos!

¡Muchos! ¡Montones!

Esto... ¿cómo?

A Vimes todavía le irritaba un poco que el pequeño centro de instrucción que había en la vieja fábrica de limonada estuviera produciendo muchísimos guardias que se marchaban de la ciudad tan pronto como terminaban su período de prueba. Pero tenía sus ventajas. Ahora los Sammies llegaban casi hasta Uberwald, y todos subían como la espuma en sus escalafones locales. Conocer sus nombres iba bien, y también saber que aquellos nombres habían aprendido a cuadrarse ante él. A menudo el flujo y el reflujo de la política comportaba que los dirigentes locales no hablaran entre sí, pero a través de las torres de señales, los Sammies hablaban a todas horas.

Se dio cuenta de que estaba tarareando por lo bajo una canción distinta. Era una melodía que llevaba años sin recordar. Había llegado con las lilas: el aroma y la canción iban juntos. Se detuvo, sintiéndose culpable.

Estaba terminando la carta cuando alguien llamó a la puerta.

— ¡Ya casi he terminado! — gritó.

— Zoy yo, zeñor — dijo el agente Igor, asomando la cabeza por la puerta, y a continuación añadió —: Igor, señor.

— ¿Sí, Igor? — dijo Vimes, preguntándose, y no por primera vez, por qué alguien con puntos que le rodeaban toda la cabeza necesitaba decir quién era.*

— Solamente me guztaría decirle, señor, que yo podría haber puezto otra vez en forma al joven Fuerteenelbrazo, zeñor — dijo Igor, con un matiz de reproche.

Vimes suspiró. Igor tenía una expresión compungida y teñida de decepción. Se le había impedido que desempeñara su... oficio. Era natural que estuviera decepcionado.

— Ya hemos hablado de esto, Igor. No es lo mismo que volver a coserle a alguien una pierna. Y los enanos se oponen a muerte a esas cosas.

— No tiene nada de zobrenatural, zeñor. ¡Zoy un hombre de filozofía natural! Y cuando lo trajeron todavía estaba caliente...

— Son las normas, Igor. Pero gracias igualmente. Sabemos que tienes buen corazón...

— Tengo todoz los corazones buenos, señor — le corrigió Igor.

— Eso quería decir — dijo Vimes sin dejar pasar ni un latido, igual que a Igor tampoco se le escapaba uno nunca.

— Oh, muy bien, señor — dijo Igor, rindiéndose. Hizo una pausa y luego preguntó —: ¿Cómo está lady Sybil, señor?

Vimes ya se lo había estado esperando. Era terrible que una mente hiciera aquello, pero la suya ya le había presentado la idea de Igor y Sybil

* El Igor que trabajaba para la Guardia en calidad de especialista forense y asistente médico era bastante joven (en la medida en que se podía calcular la edad de un Igor, dado que los miembros útiles y demás órganos se pasaban de un Igor al siguiente igual que otra gente legaba a su hijo el reloj de bolsillo) y tenía ideas muy modernas. Llevaba el pelo engominado con extra de tupé, su calzado tenía suelas de crepé y a veces se olvidaba de cecear.

en la misma frase. No es que Igor le disgustara. Al contrario. Había agentes de la Guardia caminando por las calles ahora mismo que no tendrían piernas si no fuera por la genialidad de Igor con la aguja. Y sin embargo...

– Bien. Está bien – dijo en tono seco.

– Ez que he oído que la señora Contento eztá un poco preocupada...

– Igor, hay ciertos asuntos en los que... A ver, ¿tú sabes algo de... mujeres y bebés?

– No directamente, señor, pero soy de la opinión de que una vez tienez a alguien sobre la mesa y le has, ya zabe, hurgado bien por dentro, la mayoría de cozaz ze pueden...

Llegado este punto a Vimes se le bloqueó del todo la imaginación.

– Gracias, Igor – consiguió decir sin que le temblara la voz –, pero la señora Contento es una comadrona con mucha experiencia.

– Lo que uzted diga, zeñor – dijo Igor, pero las palabras iban cargadas de duda.

– Y ahora me tengo que marchar – zanjó Vimes –. Va a ser un día complicado.

Bajó corriendo las escaleras, le tiró la carta al sargento Colon, le hizo una señal con la cabeza a Zanahoria y los dos echaron a andar con paso ligero rumbo a palacio.

Después de que se cerrara la puerta, uno de los agentes de la Guardia levantó la vista del escritorio donde había estado midiéndose con un informe y con el esfuerzo de escribir, como suelen hacer los policías, lo que tendría que haber pasado.

– ¿Sargento?

– ¿Sí, cabo Ping?

– ¿Por qué llevan algunos de ustedes flores púrpura, sargento?

Se produjo un cambio sutil en la atmósfera, una succión de sonido causada por muchos pares de orejas al escuchar con atención. Todos los agentes de la sala acababan de dejar de escribir.

– Lo digo porque el año pasado por estas fechas vi que usted, Reg y Nobby las llevaban, y me pregunté si tal vez todos tendríamos que...

Ping titubeó. Los ojos normalmente amistosos del sargento Colon se habían fruncido y el mensaje que estaban mandando era: estás pisando una capa fina de hielo, chaval, y ya está empezando a crujir...

– O sea, mi casera tiene un jardín, y no me costaría nada ir a cortar... – continuó Ping, en un intento poco característico de suicidio.

– Te pondrías hoy las lilas, ¿verdad? – dijo Colon en voz baja.

– Solamente quería decir que si usted quisiera yo podría ir a...

– ¿Acaso estuviste *tú* allí? – dijo Colon, poniéndose de pie tan deprisa que se le cayó la silla al suelo.

– Tranquilo, Fred – murmuró Nobby.

– Yo no quería... – empezó a decir Ping –. Esto, ¿si estuve yo dónde, sargento?

Colon se apoyó en el escritorio, poniendo su cara roja y redonda a dos centímetros de la nariz de Ping.

—Si no sabes dónde es *allí*, es que no estuviste allí —dijo con la misma voz baja. Volvió a erguirse—. Ahora Nobby y yo tenemos trabajo que hacer —continuó—. Descanse, Ping. Nosotros nos vamos.

—Ejem...

Aquel no estaba siendo un buen día para el cabo Ping.

—¿Sí? —dijo Colon.

—Ejem... el reglamento, sargento... Es usted el oficial de rango más alto, ¿sabe?, y yo soy el ordenanza del día, de otra manera no se lo pediría, pero... si va a salir, sargento, tiene que decirme adónde va. Por si alguien se tuviera que poner en contacto con usted, ¿entiende? Lo tengo que apuntar en el libro. Con tinta y todo —añadió.

—¿Sabes qué día es hoy, Ping? —preguntó Colon.

—Ejem... veinticinco de mayo, sargento.

—¿Y sabes qué significa eso, Ping?

—Ejem...

—Significa —dijo Nobby—, que cualquiera que sea lo bastante importante como para preguntar adónde vamos...

—... ya sabe adónde hemos ido —terminó Fred Colon.

Y dieron un portazo al salir.

El cementerio de los Dioses Menores era para la gente que no sabía qué venía a continuación. Para los que no sabían en qué creían, ni si había vida después de la muerte, y a menudo ni siquiera sabían qué les había dado el porrazo. Habían pasado por la vida en un amigable estado de incertidumbre, hasta que por fin la certidumbre suprema los había reclamado. Entre todos los osarios de la ciudad, aquel cementerio era el equivalente del cajón etiquetado como «Varios», y en él se enterraba a la gente con la gloriosa expectativa de más bien poca cosa.

La mayoría de los agentes de la Guardia acababan enterrados allí. A los policías, al cabo de unos cuantos años, ya les costaba bastante creer en la gente; no digamos creer en alguien a quien no podían ver.

Por una vez, no estaba lloviendo. La brisa agitaba los álamos cubiertos de hollín que rodeaban la tapia y los hacía susurrar.

—Tendríamos que haber traído flores —dijo Colon, mientras caminaban por entre la hierba larga.

—Yo podría manganar unas cuantas de las tumbas más nuevas, sargento —se ofreció Nobby.

—No es la clase de cosa que te quiero oír decir en momentos como este, Nobby —le reprendió Colon.

—Lo siento, sargento.

—En un momento así un hombre debería pensar en su alma inmortal cara a cara con el poderoso río interminable que es la historia. Eso haría yo si fuera tú, Nobby.

—Vale, sargento. Eso haré. Veo que ya hay alguien que lo está haciendo, sargento.

Contra una de las tapias crecían los lilos. Es decir, en algún momento del pasado alguien había plantado allí un lilo, y este había hecho brotar, como hacen los lilos, un centenar de endeble brotes chupones, de manera que lo que antaño había sido un simple tallo ahora era un arbusto. Todas las ramas estaban cubiertas de flores de color malva pálido.

Las tumbas apenas se veían en medio de la vegetación enmarañada. Delante de ellas estaba Y-Voy-A-La-Ruina Ecurridizo, el hombre de negocios con menos éxito de todo Ankh-Morpork, luciendo un ramito de lilas en el sombrero.

Vio a los agentes de la Guardia y los saludó con la cabeza. Ellos le devolvieron el saludo. Los tres se quedaron de pie mirando las siete tumbas. Solamente una de ellas había recibido cuidados. La lápida de mármol estaba reluciente y limpia de musgo, el césped cortado y el borde de la piedra centelleante.

Sobre las lápidas de madera de las otras seis había crecido el musgo, pero a la del medio se lo habían raspado, dejando al descubierto el nombre:

JOHN KEEL

Y más abajo, alguien se había esforzado considerablemente en grabar lo siguiente:

Cómo se levantan

Había una corona enorme de lilas, atada con cinta de color púrpura, sobre la tumba. Encima de ella, atado con otro pedazo de cinta púrpura, había un huevo.

—La señora Palma, la señora Chaladio y algunas de las chicas han venido más temprano —dijo Ecurridizo—. Y por supuesto, Madam siempre se encarga de que esté el huevo.

—Qué amables son de acordarse siempre —comentó el sargento Colon.

Los tres permanecieron en silencio. En conjunto, no eran hombres provistos del vocabulario que se requería en aquellas ocasiones. Al cabo de un rato, sin embargo, Nobby se sintió impelido a hablar.

—Una vez me dio una cuchara —dijo, dirigiéndose al aire en general.

—Sí, ya lo sé —dijo Colon.

—Mi padre me la mangó cuando salió de la cárcel, pero era mi cuchara —insistió Nobby—. Para un niño es muy importante tener su propia cuchara.

—Ya que hablamos de eso, fue la primera persona que me hizo sargento —dijo Colon—. Luego me degradaron otra vez, claro, pero entonces yo ya sabía que podría volver a lograrlo. Era un buen poli.

– A mí me compró un pastel la misma semana que empecé con el negocio – dijo Ecurridizo –. Se lo comió *todo*. No escupió *nada*.

Hubo más silencio.

Al cabo de un rato el sargento Colon carraspeó, dando la indicación general de que alguna clase de momento apropiado acababa de terminar. Hubo una relajación colectiva de músculos.

– ¿Sabéis? Tendríamos que venir aquí un día con una podadera y despejar un poco todo esto – comentó el sargento.

– Siempre dices lo mismo, sargento, todos los años – dijo Nobby mientras se alejaban –. Y no lo hacemos nunca.

– Si me dieran un dólar por cada funeral de un guardia al que he asistido aquí – dijo Colon – tendría... diecinueve dólares y cincuenta peniques.

– ¿Cincuenta peniques? – se sorprendió Nobby.

– De la vez que el cabo Hildebiddle se despertó justo a tiempo y se puso a dar porrazos en la tapa – dijo Colon –. Antes de tu época, claro. Todo el mundo dijo que se había recuperado asombrosamente bien.

– ¿Señor sargento?

Los tres hombres se volvieron. La figura flaca y vestida de negro que venía hacia ellos con pasos furtivos y veloces no era otro que Legítimo Primero, el enterrador residente del cementerio.

Colon suspiró.

– ¿Sí, Legi? – preguntó.

– Bueeenos días, mis amables... – empezó a decir el enterrador, pero el sargento Colon le enseñó un dedo a modo de aviso.

– Deja eso ahora mismo – dijo –. Ya estás avisado y lo sabes de sobra. Nada de hacerte el «enterrador cómico». No tiene gracia y no es ingenioso. Tú di lo que tengas que decir y punto. Sin cuchufletas.

Legi pareció alicaído.

– Caramba, buenos señores...

– Legi, hace años que te conozco – dijo Colon en tono fatigado –. Inténtalo, ¿quieres?

– El diácono quiere que se los desentierre ya, Fred – dijo Legi con voz huraña –. Ya hace más de treinta años. Hace mucho que ya tendrían que estar en las criptas...

– No – replicó Fred Colon.

– Pero tengo un nicho precioso para ellos ahí abajo, Fred – le suplicó Legi –. En la parte de delante. ¡Necesitamos el espacio, Fred! ¡Aquí no hay ni un sitio para sentarse, no te engañó! ¡Hasta los gusanos tienen que ir en fila india! En la parte de delante, Fred, donde yo podré charlar con ellos mientras me tomo el té. ¿Qué me dices?

Los agentes de la Guardia y Ecurridizo se miraron. La mayoría de la gente de la ciudad había entrado alguna vez en las criptas de Legi, aunque únicamente fuera para hacerse el valiente. Y a la mayoría les había impactado que el entierro solemne no fuera para toda la eternidad sino tan solo para un puñado de años, los suficientes para que, en palabras de Legi, «mis pequeños ayudantes alargados» pudieran hacer su

trabajo. Más tarde, el lugar de reposo *posterior* al último eran las criptas, y una anotación en los enormes registros.

Legi vivía allí abajo en las criptas. Tal como él decía, era el único que hacía tal cosa, y la compañía le gustaba.

A Legi se lo solía considerar un tipo extraño, aunque extraño de una manera concienzuda.

– Esto no ha sido idea tuya, ¿verdad? – dijo Fred Colon.

Legi se miró los pies.

– El nuevo diácono es un poco, bueno, nuevo – dijo—. Ya sabéis... entusiasta. Le ha dado por los cambios.

– ¿Le has contado por qué no se desentierran? – preguntó Nobby.

– Dice que eso ya es historia antigua – dijo Legi—. Dice que todos tenemos que dejar atrás el pasado.

– ¿Y tú le has dicho que eso se lo vaya a explicar a Vetinari? – preguntó Nobby.

– Sí, y él dice que está seguro de que su señoría es un hombre progresista que no se aferrará a las reliquias del pasado – dijo Legi.

– Da la impresión de ser nuevo, sí – dijo Escurridizo.

– Sí – dijo Nobby—. Y me da a mí que no llegará a viejo.

No pasa nada, Legi, le puedes decir que ya nos lo has pedido.

El enterrador pareció aliviado.

– Gracias, Nobby – dijo—. Y me gustaría decirles, caballeros, que cuando les llegue la hora tendrán un buen nicho con vistas. He anotado vuestros nombres en el registro para los que vengan después de mí.

– Vaya, pero qué, ejem, amable de tu parte, Legi – dijo Colon, preguntándose si realmente lo era.

Debido a imposiciones del espacio, los huesos de la cripta se almacenaban por tamaño, no por propietario. Había salas enteras de costillas. Había avenidas de fémures. Y nicho tras nicho de cráneos cerca de la entrada, claro, porque una cripta sin un buen montón de cráneos no era una cripta como es debido. Si algunas religiones acertaban y realmente un día tenía lugar la resurrección de los cuerpos, caviló Fred, allí abajo iba a haber un jaleo de mil demonios y un trasiego constante.

– Tengo el sitio perfecto... – empezó a decir Legi, pero se detuvo. Señaló con furia en dirección a la entrada—. ¡Eh, ya sabéis lo que os dije de que ese viniera aquí!

Se giraron. El cabo Reg Shoe, con un ramo entero de lilas atado al casco, venía caminando con solemnidad por el camino de grava. Llevaba echada al hombro una pala con el asa muy larga.

– Pero si solo es Reg – dijo Fred—. Tiene derecho a estar aquí, Legi. Lo sabes.

– ¡Está muerto! ¡No quiero a ningún muerto en mi cementerio!

– Lo tienes lleno de muertos, Legi – dijo Escurridizo, intentando tranquilizar al hombre.

– ¡Sí, pero el resto no se dedican a entrar y a salir!

– Vamos, Legi, haces lo mismo todos los años – dijo Fred Colon—. No es culpa suya que lo mataran de esa manera. Solamente

porque uno es zombi no quiere decir que sea mala persona. Hace un buen trabajo, Reg. Además, este sitio estaría mucho más limpio si todo el mundo cuidara de su tumba como hace él. Buenos días, Reg.

Reg Shoe, con la cara gris pero sonriente, saludó con la cabeza a los cuatro y siguió su camino.

—Y encima se trae su propia pala —murmuró Legi—. ¡Es asqueroso!

—Siempre he pensado que era bastante, ya sabes, amable por su parte de hacer lo que hace —dijo Fred—. Déjalo en paz, Legi. Si te pones a tirarle piedras como hiciste hace dos años, el comandante Vimes se va a enterar y habrá problemas. Estás avisado. Es verdad que tienes buena mano con...

—... los cadáveres —dijo Nobby.

—... pero... bueno, Legi, tú no estuviste allí —prosiguió Colon—. Y con eso está todo dicho. Reg sí que estuvo. Y no hay más que hablar, Legi. Si no estuviste allí, no lo puedes entender. Ahora lárgate y ponte a contar otra vez tus cráneos, sé que eso te gusta. Hasta luego, Legi.

Legítimo Primero se quedó mirándolos mientras ellos se alejaban. El sargento Colon tuvo la sensación de que le estaba tomando las medidas.

—Siempre me he preguntado por qué se llama así —dijo Nobby, dándose la vuelta y despidiéndose con la mano—. O sea, ¿Legítimo?

—No se puede culpar a una madre por sentirse orgullosa, Nobby —dijo Colon.